

**PALABRAS DEL LICENCIADO ERNESTO GUTIÉRREZ
Y GONZÁLEZ, CON MOTIVO DE LA RECEPCIÓN
DEL PREMIO IUS ***

Señoritas, señoras, señor director. Señor director, perdone que lo ponga en segundo lugar, pero las mujeres son primero. Señor licenciado González y Alvarado, a quien le puedo decir mi entrañable amigo; don José Antonio Pérez Porrúa, el cual hace algún tiempo, no mucho, le dije que hay una frase china en donde dicen que cuando el padre muere el hijo se vuelve hombre, porque ya no tiene quién lo guíe y tiene que enfrentar la vida. Se lo dije entonces, se lo reitero. Ahora él es don Antonio Pérez Porrúa, y que viene a llenar plenamente las botas que dejó solas su padre. Lo felicito sinceramente, y no hay suficientes palabras.

Sí tenía yo y debo reconocerlo, mucha envidia —de la buena—, ustedes saben que hay envidia buena y envidia mala. La buena es cuando se congratula uno cuando una persona tiene lo que uno no tiene, y la mala, aquella que quisiera que no la tuviera porque no la tiene uno.

Yo tenía mucha envidia, porque fui hace unos dos o tres meses a su oficina y me dice el “doctor” Pérez Porrúa: —Mire lo que me dieron en la Universidad—, y vi una estatuilla como ésta. ¡Ah, Chihuahua, qué bonita está! Yo quiero tener una. Pero era envidia buena, porque esta estatuilla la mereció con creces la labor de su padre, y la labor de él, postura desde un principio siempre a la sombra de su padre. Porque era el respeto del hijo hacia el padre, pero ahora, ya que infortunadamente falta el padre, ahora el hijo exhibe esto con todo el derecho que tiene para ello.

Tuve la enorme suerte de que el señor director, con la aprobación del Consejo, me hicieran el honor de darme este trofeo, esta estatuilla, que la acepto con mucho gusto —no les voy a hacer muy larga esta plática—. Sólo quiero decirles que la modestia para mí, es un patrimonio de los idiotas. Sólo los idiotas dicen que son modestos.

- El evento se llevó a cabo en el Aula Magna “Jacinto Pallares” de la Facultad de Derecho de la UNAM, el día 11 de marzo de 1997.

A ustedes, jóvenes, les ha tocado una vida terriblemente debatida, sumamente competida. No es la vida de los años 50, en que yo egresaba de la Facultad de Derecho. Éramos pocos y teníamos oportunidad de destacar, haciendo el esfuerzo, desde luego. Ahora ustedes tienen que gritar a los cuatro vientos lo que saben hacer, porque hay muchos más que lo saben hacer muy bien. Entonces ustedes no tienen que ser modestos y decir lo que saben hacer, pero como el nombre de ese general Sóstenes Rocha, sostenerlo y demostrarlo.

No es solamente la pedantería de decir: Yo soy el más "fregón". No, hay que probarlo, pero no ocutarlo, no hay que ser modesto, hay que decir lo que se sabe hacer y gritarlo a los cuatro vientos, pero hacerlo y demostrarlo, reitero.

Siguiendo mi propia filosofía, les digo: Agradezco infinito este honor, pero creo que me lo merecía. Dirán: "Qué poco modesto". No, no soy modesto. Soy hace 46 años, persona que se ha dedicado al servicio de la Universidad y al servicio de generaciones anteriores de ustedes. Y eso me ha llenado profundamente, me ha mantenido en juventud espiritual. El que se aleja de la Universidad, muere. Muere por vejez, muere por falta de conocimiento de las nuevas generaciones. Ustedes tienen una manera de pensar, la tuvieron los que salieron hace un año, los que salieron hace dos o cinco tienen una manera distinta de pensar. Esto nos mantiene vivos a los maestros y a las maestras de esta Escuela, porque estamos viviendo, les robamos a ustedes su juventud a cambio de darles nuestra experiencia.

Así entonces, agradezco infinito este honor que se me ha hecho, me emociona profundamente, y en mi oficina lo tendré en un destacado y privilegiado lugar. Es una muestra del afecto que me tiene el señor director. Afecto que, a pesar de todo, muchas personas me tienen dentro de esta Universidad. Soy muy atacado por mi manera de ser, inflexible en cuanto que el estudio, el estudiante de uno y otro sexo, debe alcanzar lo que el señor director marcó cuando tomó posesión como director de esta escuela. Habló él de la excelencia académica. Si no se ha alcanzado con los Planes de Estudios que se elaboraron, no es culpa de ellos, es culpa de las personas que no supieron seguir su trayectoria, su pensamiento, pero algo hicieron a pesar de todo. Él marcó la ruta, los demás debieron haberla pavimentado, debieron ponerle flores a los lados para que ustedes, las nuevas generaciones, alcanzaran la perfección y la excelencia académica. No se pudo, pero ahora ha abierto de nuevo el debate el señor director, la corrección de esos Planes de Estudio; así es como se trabaja.

Debo esto al servicio de nuestra Universidad, toda mi vida, pero algo más, he procurado ir más allá de lo que normalmente se me va a la salud de los alumnos, hace más de 15 años —y hay testigos aquí—, que empecé a exponer el aspecto de la clonificación; hoy, todo ese escándalo de los periódicos, todos hablan de la clonificación y no saben qué es. Yo los invito a que lean mis libros de hace 15 años donde trato la materia de la clonificación. ¿Quién me va a reconocer mis méritos? Nadie.

Hace 40 años, en 1954, inicié en esta Facultad la exposición de la inseminación artificial en los seres humanos y los derechos de la personalidad, ¿quién me reconoció esos méritos? Nadie. ¿Por qué? Porque se los atribuyen a sí mismos. Tenemos aquí una serie de maestros, eméritos algunos, que no hacen más que leer una noticia de éstas y se la atribuyen, pero se les olvida que ahí están las constancias en mis libros, y ahí están las constancias en los antecedentes de mis alumnos.

Jóvenes estudiantes de uno y otro sexo, los exhorto a que tengan conciencia a que esta Universidad es un templo del saber, que deben venir aquí con la reverencia con la que se entra en una iglesia, de la que profesen en sus pensamientos; que deben venir aquí a adorar la ciencia del derecho y después a la justicia. Esto es lo que la Universidad espera de ustedes.